

LA CARTA por Cesena

Sé a ciencia cierta que había ido descuidado mis relaciones familiares. Con la misma rotundidad debo afirmar que esto no se debía a una falta de afecto sino, probablemente, al miedo a la hora de devolver el cariño recibido. Esta "operación" requiere del esfuerzo supremo de desnudar el alma, de bajar todas las barreras que con esmero se han levantado para hacer frente al día a día y asumir la sensibilidad en la condición humana ¡Qué ironías! Cabría catalogar de estupidez esta reflexión, pero la sociedad actual obliga a unos grados de competitividad donde no ha cabida a debilidades. Sólo cuando se alcanza un nivel de aparente estabilidad es posible mirar de soslayo hacia atrás...

Tal vez todo fuera culpa del sarmiento seco con lentes, mi maestro de la infancia, y de sus sonoros bofetones con aquellas manos de largos y hostiles dedos. No, no debía ser buena gente, a raíz de los recuerdos anclados en mi memoria. Puede que la obligación de realizarle presentes en su cumpleaños fuera debida a su baja autoestima. El problema es que, pese a la aparente justificación de sus actos en la enfermedad mental que padecen estos individuos, no dejan de fastidiar a aquellos que, carentes de esos mecanismos de autodefensa, debemos asumir el resultado de sus frustraciones (y los bofetones también). Somos como nos hemos ido haciendo y eso no se puede cambiar. .. o sí.

El caso es que a veces se producen hechos que lo cambian todo; aparecen pequeños detalles que pueden detonar situaciones realmente insospechadas. Probablemente eso fue lo que ocurrió cuando recibí aquella carta pero, por favor, permítaseme poner en orden las ideas. Mi cerebro ahora bulle y me resulta casi doloroso ordenarlas. A medida que me esfuerzo intensificando la búsqueda de un hilo conductor, más y más ideas, recuerdos y detalles acuden a mi mente. Tanto tiempo, tantos años fortificando inexpugnablemente mi interior y sólo el caprichoso azar tenía la llave para abrir el hermético cofre de los secretos, parapetados en su propia simplicidad.

Unas escrituras en propiedad sobre las que se adivinaba, de forma difusa e irregular, una Cruz de Santiago que, como marca de agua presidía aquel documento de raído papel con olor a moho y cuero viejo, constituía el legado que por parte de mi familia materna, me llegaba a través de una carta remitida por el señor notario.

Era verano y mi vida transcurría tranquila y sosegada del mismo modo que había sido los treinta y tantos años anteriores. Poco amigo del ruido y de artificios sociales, siempre he tenido a bien disfrutar de una serenidad que, según mi madre, me fue heredada de la nobleza venida a menos en mi familia. A decir verdad, creo que todos tenemos ascendentes de noble cuna y, en caso contrario, se hace precisa su invención. He de confesar que, pese a una trabajada actividad intelectual (siempre me gustaron los libros a pesar de la mala influencia del sarmiento seco), el resto de mi vida, sólo podría calificarse, con el condimento que da la ausencia de dinero y el ingenio imprescindible para lograr la supervivencia, de azarosa.

Así fue como, y a través de una carta, tuve conocimiento de una modesta casa en una localidad ubicada dentro la comarca de la Mancha Alta Conquense ¿Sería cierta aquella historia de mi madre y de la nobleza perdida en el transcurso de los años a consecuencia de la afición de mi bisabuelo al juego? Sin nada mejor que hacer que ver el amanecer cada día, decidí ir en busca de mi beneficio, y encaminé mis pasos hacia la encrucijada delimitada por los ríos Almanzor y Albardana.

Según preparaba mi exiguo equipaje, iba repasando mentalmente los detalles expuestos en la carta. Fruto de las pesquisas de aquel ilustre notario (que no debieron ser pocas para dar con mi paradero), se me hacía pmiícepe de que la vivienda estaba habitada de forma ilegal, situación que debería normalizarse. También se me hacía especial hincapié en la necesidad de efectuar los correspondientes pagos de notaría, registro de la propiedad y satisfacer las posibles cargas que contra la finca pudieran existir. Sólo en ese momento yo estaría en condición de escriturar la propiedad a mi nombre.

Jamás he tenido nada realmente mío y eso, de algún modo, le daba cierto atractivo a la idea de poseer algo "en propiedad". Por otro lado, con los pies en el suelo, suponía que todo aquello no era más que una argucia legal para pagar impuestos, escrituras, minutas... y perder lo que, realmente, nunca sería mío. Los despachos de abogados y notarios podían llegar a ser realmente sórdidos.

Terminada de empaquetar mi única maleta y, sin dar más tiempo a la reflexión que el estrictamente necesario -a estas alturas me parecería ridículo justificar mi carácter impulsivo y espontáneo-, decidí ponerme en marcha. A fin de cuenta nadie me esperaba y tampoco me echarían de menos; ¿qué mejor actividad que conocer algo de mundo más allá de las cuatro lúgubres paredes en las que vivía gracias a la despreocupación de algún adinerado propietario?

No podía evitar, según caminaba, hacer elucubraciones fantasiosas sobre increíbles herencias y suntuosas mansiones'. Supongo que es coherente dar rienda suelta a ideas personales que se tienen cuando se piensa en el futuro como si de un juego de azar se tratase. Mi mente, quizás embotada por el vino ingerido la noche anterior, se aislaba de la realidad y fantaseaba libre. .

Según el notario, la comunicación se me .brindaba por deseo expreso del antiguo propietario que, aun a pesar de no tener conocimiento mío, sí sabía de la existencia de mi madre.

Consultando los registros de nacimiento, debió resultarle fácil al señor notario saber de mí ;Cuánto no me costaría esta gestión! Nuevamente saqué del sobre aquella hoja de papel grueso y amarilleado por el paso de los años. Al desplegar sus pronunciados pliegues volví a ver aquella Cruz de Santiago ¿Qué podría significar? Este hallazgo, según relataba la carta notarial, se había encontrado en una caja semienterrada bajo el lecho de muerte de mi ancestro y, asumiéndose mi legitimidad sobre los derechos de propiedad de aquel patrimonio, se me informaba de la misma.

En el camino seguí dando pábulo a mi inestable imaginación... Quizás encontrase una onerosa herencia y extensos latifundios listos para ser vendidos y poder disfrutar del merecido y ansiado descanso que, debía, a fe mía -y de mi madre-, ya merecer.

Ignoraba cuánto iba a tardar en llegar pero, probablemente si me apuraba, aún había posibilidades de encontrar abierta la Notaría donde poder zanjar' este asunto antes de que la jornada concluyera. Tras preguntar a varios transeúntes, conseguí llegar a tiempo. He de confesar que el emplazamiento me llamó la atención: dentro de Uf1 soportal custodiado por una gruesa puerta de madera de dos hojas, selladas por su escasa utilización y las múltiples capas de pintura acumuladas, se alzaba una escalera irregular, que antaño debió estar formada por escalones nivelados y que ahora se presentaban inestables y desiguales, fruto de la deformación de la madera y el necesario desgaste. Este abandonado aspecto no iba en detrimento de la agradable sensación de frescor que el blanco encalado de aquellos anchos muros proporcionaba a la estructura.

Poco a poco y, vigilando mis pies según se apoyaban en aquellos exiguos -cuando no inexistentes- escalones, fui avanzado con mi mano derecha asida fuertemente a la barandilla anclada en la pared encalada; la izquierda, sujetaba con firmeza la carta que habría de cambiar mi suerte.

Cada escalón me iba, aproximando a mi destino y, de alguna manera, al final de esta quimera. Por otro lado, algo me decía en mi interior que quizás esta vez fuese verdad, que quizás hoy podría ser el día en que mi vida cambiase ;Este maldito carácter soñador formado a fuerza de desilusiones! Sin duda el mejor escribano echa un borrón y quien sea que determine mi destino también ha podido equivocarse... No siempre ha de salirme todo mal. He aprendido de experiencias pasadas y, aplicando el balsámico tiempo cicatrizante de odios y rencores, logré superar otras etapas. Necesito plantearme un presente (que no futuro) en unas condiciones normales, pero... ¿qué es "normal"?

En la ociosidad del mediodía manchego, una joven bosteza en lo que entiendo debe ser la antesala del despacho del señor notario. Las paredes blancas de cal, se elevan a partir de las desgastadas baldosas marrones de la estancia.

- "Buenos días", dije intentando ordenar las palabras con las que formularía MIS preguntas, mientras miraba inconscientemente la carta que había originado mi viaje. "Verá usted...".

- "Sí", me interrumpió la muchacha, "usted debe ser Don Manuel, yo misma le envié esa carta que trae usted en su mano".

"Don Manuel", sonaba bien... Creo que nunca nadie me había llamado así. Quizás fuese el preámbulo de una nueva vida, una señal de lo que habría de ser mi futuro... Vuelvo a fantasear pero le pongo freno a la mente, al menos hasta conseguir ordenar esta situación.

- "Sí, soy yo, verá..." intenté proseguir.

- "Sí, puede pasar" -replicó la joven adivinando mis pensamientos- "En el pueblo no suele haber demasiado trabajo y, si cabe, menos aún en esta fechas. El señor notario le esperaba esta semana. Pase, por favor".

De nuevo y con la sensación de no haber terminado de explicarme, avancé de forma instintiva sin ánimo de réplica en una conversación que intuía perdida desde su inicio. Así, me dirigí hacia una puerta formada por sólidos cuarterones; puerta maciza que, tras golpear someramente con mis nudillos, entreabrí para solicitar paso.

- "Adelante Don Manuel, le esperaba", exclamo cortésmente quien sin duda debía ser el señor notario.

- "Con su permiso", balbuceé nervioso.

El despacho en poco difería de la estancia anterior. Con un ventanal de madera y un mueble abarrotado de polvorientos libros, la habitación se disponía en torno a una mesa central que debía ser el lugar de trabajo por excelencia. Dos grades sillas con entorchadas terminaciones en madera magnificaban la estancia.

- "Con su permiso", volví a exclamar al tiempo que advertía mi repetición. Estaba claramente nervioso, poco acostumbrado a estos formalismos, yeso aumentaba mi sensación de estupidez.

- "Siéntese, por favor, supongo que su visita estará relacionada con la herencia de don Antonio, su tío abuelo ¿es así? En primer lugar acepte mis más sinceras condolencias".

- "Sí, verá.;." -lo cierto es que se me hacía complicado aceptar pésames vinculados a alguien de quien jamás había tenido conocimiento, pero... este debe ser un pequeño sacrificio en pos de conseguir mi herencia- "Sí. .. ha sido una dura pérdida. . .".

- "Eso es", me interrumpió el Notario, "Aquí lo tengo, todo, disculpe un momento mientras recupero su expediente", replicó con seguridad.

Pero ¿es que nadie aquí es capaz de permitir que uno termine sus frases? -mi nerviosismo rallaba la insolencia- o Entre ajadas carpetas, el señor notario extrajo unos "documentos y comenzó a examinarlos atentamente. Yo me encontraba nervioso esto hacía evidente mi sensación de vulnerabilidad. Juntas las palmas de las manos y protegidas estas por las rodillas, miraba de reojo los movimientos de mi interlocutor.

- "Vera usted; ante la falta de las últimas voluntades explícitas de don Antonio, quien, según parece era tío abuelo suyo, usted es el heredero universal de sus posesiones".

Caramba, qué agradable oír eso. Mientras escuchaba al notario y aprovechando que bajaba sus ojos para leer, yo revisaba la habitación furtivamente con la mirada.

- "... por lo tanto" -añadió tras una serie de prescripciones legales que fui incapaz de entender en su totalidad- "era deseo de su tío abuelo y es deber mío hacerle partícipe de su nueva posesión sita cerca de la zona de Cantarranas y del Boleo, y que consiste en una parcela cuya inscripción y la de la vivienda que en ella se encuentra, le comunicaré formalmente" .

Sería incapaz de describir mi estado de ánimo. Pese a ser ésta la primera vez que iba a poseer algo en la vida, no puedo decir que me sintiese diferente. Desconocía quién podría haber sido mi tío abuelo y, dado que este patrimonio me era comunicado en ausencia de otras voluntades, de algún modo sospechaba que este buen señor también desconocía mi existencia.

Fuera como fuese, lo cierto es que me encontraba con una propiedad susceptible de ser materializada en dinero... Sentía que esto, en el agitado y tórrido verano que estaba viviendo, era algo de agradecer, mas dispuesto a levantarme, una llamada de atención me inmovilizó en la silla.

~ "Si me lo permite y, una vez formalizados- los trámites que mi secretaria le indicará al salir", señaló el notario en un tono dirimido que me hizo intuir una abultada minuta, "hay algunos detalles que usted, considero, debería conocer".

- . "Dígame entonces", le animé a proseguir.

"Debe saber que, durante mucho tiempo, su nueva posesión ha sido considerada célebre, popular en el pueblo... un lugar de encuentro, imbuido de cierto encanto y, por qué no decirlo, de un aura mística, cuasi romántica".

- "¿Aura mística, cuasi romántica?", pregunté extrañado, "Usted perdone pero no entiendo nada".

- "No pretenda entenderlo tan pronto. De cualquier modo, ha de saber que en su nueva casa vive desde siempre, y con el beneplácito de su difunto tío abuelo, un chico muy querido en la localidad. Se llama Álvaro y es huérfano (o quién sabe qué). Si tiene pensado echarle, hágalo discretamente, con delicadeza, por favor. Se trata de un muchacho entrañable en el pueblo y sería deseable evitar problemas de orden social, usted ya me entiende.. .".

Así que, además de unas tierras, había heredado un niño "entrañable" ;con esto sí que no contaba! De cualquier manera el problema no era realmente mío: tan pronto vendiera la hacienda, el niño pasaría a ser asunto de los servicios sociales o del comprador. Lo primero sería visitar la finca para poder evaluar su mejor precio.

Siguiendo las indicaciones del señor notario, tomé un camino que se alejaba del pueblo. A lo largo del mismo y a medida que me distanciaba del núcleo urbano, veía como aumentaba la fauna salvaje de la zona esteparia manchega. Según había leído, hasta no hacía mucho tiempo estos parajes habían sido transitados por pastores trashumantes, a través de la cañada real. Cerca de uno de los tres descansaderos para el ganado, divisé a lo lejos la silueta de lo que debería ser mi casa.

Una algarabía de muchachuelos era soberana en la zona. Jugaban, gritaban, corrían de un lugar a otro, dando vida a multitud de recovecos. La casa, o lo que de ella quedaba, había sido transformada en un fortín donde guarecerse de las pedradas del equipo atacante... ;Y esto era mi propiedad! Bordeada por un riachuelo, ocupaba un enclave excepcional aunque el tiempo había dejado su paso sobre ella ;Cómo era posible que nadie hubiera vivido aquí?

Dando un pequeño rodeo a las ruinas vi una entrada subterránea que probablemente condujera a un sótano o a una bodega. De repente, un niño de ojos inquietos apareció por el oscuro agujero donde parecía esconderse. Supongo que su sorpresa al encontrarme fue similar a la mía, ya que el muchacho desapareció en una exhalación, al igual que había aparecido.

Proseguí el examen sin percatarme de que el grupo de niños había advertido mi presencia y, poco a poco, se arremolinaban en torno mío.

Los niños me miraban con extrañeza, guardando las distancias oportunas que cualquier extraño impone. Todos corrían y se empujaban..., todos menos uno. Alejado del grupo, el muchacho de ojos inquietos que lucía ahora un semblante serio, contemplaba la escena sin aparente intención de acercarse. Entre la algarabía de los chavales este detalle debiera haberme pasado desapercibido pero, por algún extraño motivo, no fue así. Detuve mi marcha unos instantes y, sin dejar de observar al niño que a todas luces comenzaba a inquietarle mi presencia, dirigí mis pasos hacia él. No sabía qué iba a decirle, quizás le ofrecería una caricia, pero... Sólo anduve dos pasos cuando, echó a correr y, siguiéndole con aire amenazador, el resto del grupo. Dejé que la situación se solucionase por sí misma y busqué un lugar donde poder descansar tras el polvo acumulado y el calor del viaje.

No sé cuánto tiempo había transcurrido; la luz adquiría ya tintes violetas sobre el horizonte, en una lánguida puesta de Sol. Me llevó unos segundos adecuar mis ojos y poder enfocar con claridad. Debí haber dormido unas dos o tres horas, recostado sobre lo que en su día debió ser un sillón y que, ahora, sólo era un triste esqueleto de madera con algunos raídos cojines. El día había sido largo y el cansancio pasaba factura a mi cuerpo cobrándole su justo precio.

Sin mover un músculo, miré en rededor, amoldándome al entorno y haciendo acopio de fuerzas para desperezarme. A unos metros se encontraba el muchacho perseguido que yo había visto antes, y 'me miraba con curiosidad. Aunque aquella finca era mía, supongo que el chaval debía interpretar mi presencia como la intrusión de un extraño en su casa -si es que a esas ruinas podía dárseles consideración de vivienda- o Agazapado y en cuclillas, unas huesudas y desproporcionadas rodillas sobresalían casi por encima de los hombros. La mirada chispeante destacaba en su rostro sucio y apagado.

Hice ademán de levantarme y, antes de poder hacerla, el chico saltó como un gamo, aumentando así la distancia de seguridad que su recelo había impuesto.

- "Hola, ¿cómo te llamas?", pregunté buscando la manera de tranquilizarle. "Yo soy Manuel...".

El chaval miraba impasible, sin expresión alguna que indicase cómo asegurar el acercamiento. Avancé dos pasos casi al mismo tiempo que él retrocedía la misma distancia. La comunicación no se presentaba sencilla ¿Y este era el niño "entrañable" para los lugareños?

Aún así decidí no perder la compostura. A fin de cuentas el muchacho no tenía culpa de nada; el intruso era yo.

- "No podemos estar siempre así", evidencíé para intentar ganar su confianza. "Sólo me gustaría que me contaras algo sobre este lugar ¿Vives aquí?".

"-

Observé que, haciendo caso omiso a mi actitud conciliadora, uno de los niños que antes había formado parte del grupo, surgía de entre los matorrales situados tras el esquivo muchacho, Portaba una piedra en la mano y su actitud era amenazante.

- "¡Eh, tú!", voceé con intención tanto de avisar a mi asustadizo amigo como de amedrentar 'al chaval de la piedra, aunque sin conseguir ninguno de los objetivos propuestos.

El desafiante chico seguía avanzando, piedra en mano, impasible a mis amonestaciones, mientras que el niño de los ojos inquietos -desconocía su nombre- seguía inmutable. Sólo cuando corrí hacia él con la intención de protegerle, se giró para huir. Demasiado tarde: la piedra volaba ya hacia su frente alcanzándole de lleno. El atacante se daba a la fuga mientras que el muchacho yacía en el suelo, con una herida de dimensiones considerables por la que manaba un hilo de sangre.

Acudí rápidamente a socorrer al muchacho que, tendido en el suelo, parecía conmocionado. De rodillas, y con cuidado, le levanté la cabeza para evaluar la gravedad de la herida. El huidizo chico me miraba asustado pero se dejaba hacer. Yo quería exhalar mil improperios ante la injustificada agresión, pero temía asustarle nuevamente y perder este acercamiento que, fortuito y desagradable a partes iguales, me había permitido aproximarme al niño.

- "Pero ¿no me has oído? ¿Por qué no reaccionaste?", pregunté haciendo un esfuerzo por controlarme. "¿No te diste cuenta?".

El muchacho, en mi regazo, me permitía limpiarle con un pañuelo la herida. Sus ojos mostraban viveza pero sus labios no pronunciaban palabra alguna.

- "Pero ¿por qué no dices nada? ¿Qué es lo que te ocurre?", grité.

Intuyendo las respuestas a mis preguntas, de-inmediato creí comprender lo que pasaba y, actué con celeridad. La posición de la cabeza del niño me permitió coger, sin que él se, percatara, un cercano recipiente metálico con el que golpeé sonoramente el suelo. Ningún cambio se produjo. Nada.

En ese momento descubrí que la sordera es invisible: no evidencia ningún signo externo más que el de un profundo aislamiento social. El niño sólo se diferenciaba de los demás en que no podía comunicarse del mismo modo en que lo hacían ellos. No era ni más bajo ni más alto, ni más débil ni más fornido; simplemente, no podía hacerse entender ¿o sí? Por otro lado resultaba evidente que el instinto, en ausencia de otros sentidos, aguza el ingenio equilibrando así a las personas. Los ojos del niño centelleaban con un brillo de inteligencia. Una vivaz pupila oscilaba trémula, inquieta, recogiendo los estímulos externos. Todo en un silencio absoluto, en el mayor de los mutismos.

Intuí que él también era consciente de mi descubrimiento. De forma enfática, pronuncié:

- "¿Cómo te llamas?".

Giró sobre sí mismo hasta ponerse de medio lado y, sobre el seco terreno, escribió con su dedo.

- "¡Álvaro, te llamas Álvaro!", grité.

El niño sonrió.

No sabría explicar por qué pero, a partir de ese momento, se produjo un cambio importante en mi vida. A medida que afianzamos la relación, fui descubriendo junto a Álvaro los lugares donde éste jugaba, donde dormía... Con la ayuda del Padre Juan, el párroco de la zona, conocí algunos detalles de la vida de Álvaro. Al parecer nadie sabía a ciencia cierta el origen del muchacho, pero hacía años que vivía de la caridad. Era evidente que se trataba de un niño sordo pero dudaba sobre si realmente sería mudo, a pesar de la reseña que me había hecho el notario.

En la Iglesia Parroquial, -un monumental templo con una torre cuadrada de cuatro cuerpos-, el Padre Juan disponía de suficientes herramientas y materiales como para reconstruir, en la medida de nuestras posibilidades, un par de habitaciones sobre aquellas ruinas y que hicieran las veces de dormitorio, cocina y comedor. Álvaro colaboraba de forma entusiasta y se iban creando lazos que ambos constatábamos. Aún así, la idea de la venta de la propiedad estaba presente. Por supuesto que ayudaría a Álvaro, pero mi estancia aquí sólo debía interpretarse como temporal, nada más.

Álvaro se reveló como un muchacho despierto, a pesar de habitar en un mundo que no era para él; un mundo creado por oyente~ que no repara en una minoría que, por el hecho de serlo, no es menos importante; un mundo de señales acústicas, donde no todos pueden ser participes, y no ha cabida para quienes no sepan interactuar con él.

Siete siglos antes de Cristo, en Grecia, los bebés hasta los tres años eran asesinados cuando mostraban una discapacidad. Incluso dos siglos más tarde, en Roma, los niños que tenían problemas -a los sordos se les consideraba discapacitados mentales- podían ser sacrificados por sus padres. Me repugnaba la idea de que consideraran disminuidos a los sordomudos, especialmente al ver cómo Álvaro participaba y se esforzaba en todas y cada una de las tareas que el día a día nos presentaba.

Pero llegaba el momento de hacer las cosas bien, quizás por una vez en mi vida. Tal vez el mejor legado que pudiera dejarle a Álvaro antes de vender la hacienda y partir para continuar con los avatares de la vida, fuera intentar integrarlo en una sociedad que lo consideraba un extraño. Para ello, era fundamental procurar su asistencia al colegio, pero ¿cómo conseguir superar este reto? Álvaro era completamente analfabeto y, aun superando el hándicap de la sordera, su nivel de formación era demasiado bajo como para integrar al pequeño en ningún grupo escolar. El único modo -siempre contando con las directrices del Padre Juan- era prepararlo antes de llevarle al colegio, y en tal tarea centramos todos nuestros esfuerzos.

Así, y a través de un tratado del Abate Lorenzo Hervás y Panduro que providencialmente nos hizo llegar el Padre Juan, decidimos abordar el estudio de la lengua de señas. Álvaro había desarrollado con los años la innata habilidad de la lectura de labios, práctica natural que, junto al método de lenguaje de señas que se le impartía, creaba un binomio capaz de fortalecer nuestros lazos de comunicación hasta el punto de llegar a olvidar a veces el modo en que nos entendíamos. Fue grato ir descubriendo cómo Álvaro progresaba paulatinamente en el arte de "oír" por los ojos y "hablar" con las manos. La idea expuesta en el tratado donde se afirmaba que "Las lenguas no son sólo códigos de hablar, sino también métodos para hablar y pensar", iba cobrando forma. Eso era lo que realmente habíamos conseguido: establecer nuestro propio método de comunicación, con el que podíamos hablar ¡no sólo con palabras!

A pesar de su problema, Álvaro demostraba poseer un amplio vocabulario que expresaba mediante sus manos. Cuando se apasionaba en los diferentes temas que tratábamos, sus ideas fluían a borbotones. He de confesar que la tarea de enseñar a Álvaro el lenguaje de señas, me resultaba agotadora a la par que gratificante, ya que exigía realizar una constante interpretación. La idea de abandonar la parcela para efectuar su venta seguía presente y sabía que, a medida que Álvaro iba aprendiendo, el momento de mi partida se aproximaba.

Los días transcurrían apacibles y llenos de descubrimientos que ambos compartíamos. Álvaro parecía haber madurado en muy poco tiempo, sin menoscabo de mostrarse a veces como lo que era: un niño al que le gustaba bromear, jugar y rebelarse. Aprendía vertiginosamente todos y cada uno de los temas que el Padre Juan y yo le proponíamos y, en muchas ocasiones, nos sorprendía con conocimientos previos en muchos de los asuntos que abordábamos. A pesar de que íbamos teniendo más información acerca de Álvaro, había muchas incógnitas con respecto a su vida, no ya tanto relacionadas con su origen -probablemente le abandonaron como con el enigma que nos planteaba qué estrategia pudo utilizar para sobrevivir durante los escasos años su existencia. Tuvo la alimentación más o menos asegurada gracias a los vecinos de la población, pero cómo había logrado salir adelante aprendiendo los rudimentos de la supervivencia, era para nosotros un misterio. Álvaro tenía incluso nociones de matemáticas por encima de lo previsible para su edad. Bien era cierto que, Juan y yo -habíamos alcanzado cierto grado de confianza~, le inculcamos algunos conocimientos pero, de forma aparentemente innata, Álvaro ya poseía muchos, ¡incluso los que no podría haber aprendido sin ayuda externa!

Álvaro no contestaba cuando se le preguntaba a este respecto, y hasta se mostraba introvertido. Ahora era inoportuno realizar más avances de los necesarios: el progreso había sido notable y si algo tenía yo seguro, era que no había que forzar más a un niño que estaba descubriendo un mundo nuevo: el de los oyentes.

Cierto día, Álvaro preparó el café. Para mí seguía siendo un suplicio levantarme antes del mediodía y era él quien se encargaba de despertarme. Aquella luminosa mañana Álvaro estaba especialmente reservado. No quise preguntar. A lo largo de este tiempo aprendí a respetar sus silencios. Él era dueño de su intimidad y las intromisiones no resultaban productivas. Tan pronto terminamos de desayunar, cogió la palma de mi mano derecha y, extendiéndola hacia arriba, me indicó que quería enseñarme algo. Le dije que ya lo veríamos más tarde; ahora teníamos que comenzar con nuestra rutina de clases y eso no admitía demora. Álvaro volvió a insistir.

Ante su tozudez, me dejé llevar de la mano y decidí acompañarle. Durante más de una hora nos alejamos de la población y recorrimos inacabables senderos que perfilaban campos de cereales y girasoles, los principales cultivos de esta villa manchega de corte renacentista, perteneciente a la Orden de Santiago.

Continuamos andando hasta adelantar una ermita y, en una zona de maleza, Álvaro me indicó que me agachase. Tras haber aceptado recorrer el camino, no podía negarme. Mis rodillas chasquearon al doblarse. Aparté con mis manos los matorrales y descubrí una oquedad trabajada con piedra, que se abría hacia el interior de la tierra.

- "¿Qué esto?", pregunté, con asombro.

Álvaro sonrió complacido, haciendo ademán de entrar. Lo que parecía ser una gruta (perfectamente camuflada si no se conocía su ubicación exacta), ofrecía unos rudimentarios escalones desgastados por el uso. La luz, si bien escasa, era suficiente como para que se pudiera acceder al interior. Así, decidí avanzar de la mano del niño.

Sabía que por estos parajes debía encontrarse un legendario lugar recóndito y escondido, que servía de descanso a los priores de la Orden de Santiago, cuando, procedentes de la cercana villa de Uclés, venían a caballo portando el estandarte de la Virgen María Inmaculada. ¿Acaso sería ésta la entrada? A este hecho histórico y constatado de la Edad media, le acompañaba una leyenda, transmitida de generación en generación, que describía el lugar como de culto, y donde la espiritualidad de los priores había conferido un halo mágico a la zona, impregnando de misticismo las rocosas paredes de la cueva.

Según la misma leyenda, con el tiempo ese sitio había sido un centro de metempsicosis, una doctrina religiosa y filosófica de varias escuelas orientales, y renovada por otras de Occidente. Esta idea apuntaba que, después de la muerte, las almas transmigraban a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en una existencia anterior. La creencia, difundida por las sectas de los órficos y de los pitagóricos, fue aceptada por Empédocles, Platón, Plotino y los neoplatónicos, pero jamás imaginé que fuera cierta la posibilidad de que hubiera existido un núcleo importante en esta zona de la comarca de la Mancha Alta Conquense.

La cueva parecía excavada y cincelada cuidadosamente en la roca, para evitar aristas que resultasen peligrosas. Los débiles rayos de luz me impedían apreciar las verdaderas dimensiones pero aún así intuía unas magnitudes considerables. Si realmente se trataba del lugar de descanso de los priores de la Orden de Santiago, el espacio debía poder cobijar a decenas de personas con sus respectivas monturas. Absorto en los detalles, una voz desconocida me devolvió sobresaltado a la realidad:

- "¡Manuel!"

Allí sólo estábamos dos personas. Así que, por disparatado que pareciera, ¡sólo podía ser Álvaro!

- "Manuel", insistió, "¿no me oyes?"

Aquello era de locos ¿realmente era Álvaro o se trataba de una estúpida broma? Juan sería incapaz...

- "Tranquilo" -intentó calmarme- "no hay nada de especial si te paras a analizar", dijo en un tono que, en su posición de superioridad, delataba regocijo.

- "Pero es inexplicable", repliqué al mismo tiempo que percibía mi propia voz desde todas direcciones.

- "Es fácil... Asúmelo, no intentes entenderlo. Aquí, no existen limitaciones ni tribulaciones físicas que impidan el desarrollo de la esencia de las personas. Aquí todo es posible".

Desconcertado, intentaba ordenar mis ideas. Álvaro consideraba normal una situación que parecía de locos. Mi escasa capacidad analítica en estas circunstancias intentaba justificar aquello pero ¿Era imposible!

- "Aquí no son necesarias las palabras. De hecho pienso que nunca han sido precisas para expresar los sentimientos, las ideas ¿recuerdas? «No limites tu capacidad de recepción sólo a tu oído»".

Su voz resonaba firme y contundente en la gruta. Ignoraba si Álvaro movía o no los labios pero lo cierto es que podía oírle. Quizás hubiera mentido todo este tiempo y realmente no fuera mudo pero... la gruta carecía de iluminación suficiente como para que el niño pudiera leer en mis labios. Era imposible...

- "Te preguntarás cómo es posible hacerla" -se adelantó a mis pensamientos- "pero aquí puedo hablar y puedo oír. Este lugar ha sido mi secreto y ahora es también el tuyo. Aquí puedo ser una persona sin los rechazos impuestos por quienes ven mis limitaciones sin advertir que, a veces, las tuyas son aún mayores y más evidentes".

Álvaro hacía alusión a los muchachos de su edad, que le rechazaban por su sordera sin darse cuenta de que ese mismo rechazo era la más horrible tara que el ser humano puede arrastrar.

- "Entonces todos estos años... ¿es aquí donde has aprendido, donde te guiaron? ¿Quién te enseñó?", pregunté sabiendo con certeza la respuesta.

- "Sí, así es. Aquí aprendí y recibí los cuidados oportunos hasta que llegaste tú. Al principio me asusté: no sabía cuáles eran tus intenciones, pero ahora quería hacerte partícipe de mi verdadero hogar. Este es mi mundo y no voy a renunciar a él...".

Percibí cierta tristeza en sus palabras. Por alguna misteriosa razón, además de oírle, podía sentir sus emociones.

- "Pero ¿quiénes te han cuidado, a quiénes te refieres? ¿Son acaso tus padres?, ¿viven?", pregunté con el interés propio de aquella inexplicable situación.

- "Sí. Son ellos y muchos más: todos aquellos que han vivido y ya no están; aquellos que se han parado a escuchar con el corazón y no sólo con los oídos... ; aquellos que han hablado con el alma y no sólo con las palabras. De algún modo tú también estás aquí por eso también tú puedes hablar".

Me pellizcaba inconscientemente, intentando despertar de lo que me parecía un sueño y así, proteger mi cordura. Pero todo aquello era real; no lo entendía, mas era cierto.

- "Manuel", me dijo intentando tranquilizarme, "aquí te hablo con el alma. El alma nunca muere; sólo transmigra a otro cuerpo cuando le es necesario superar un nivel en su camino hacia la perfección. Aquí puedes conseguir superar tus límites, acercándote un poco más al final del camino".

Las explicaciones de Álvaro se asemejaban en cierta medida a la teoría reencarnación pero él negaba la necesidad de la muerte como punto de inflexión para un cambio de cuerpo. Nada de aquello tenía sentido....

- "Aún no lo crees a pesar de que lo estás viendo. Tendrás que admitir tu ignorancia y aceptar lo ven tus ojos y oyen tus oídos.

Aquella lógica tenía un extraño punto de locura.

- "Párate y escucha, detente y mira", sentenció Álvaro, "sólo así entenderás el aura mágica de este lugar, sólo así llegarás a comprender tus limitaciones y aprenderás a superarlas en el camino evolutivo hacia la meta final".

El techo abovedado de la cueva devolvía la voz de Álvaro con una reverberación = concedía un aura de misticismo a su discurso. ¿Sería cierto todo aquello? Era totalmente increíble pero ¡lo estaba viviendo! Mi vida, analizada bajo este prisma, estaba llena de carencias espirituales. Mi desarraigo familiar, mi falta de amor propio, mi temor a abrirme a los demás...

- "Estás aquí por algo" -interrumpió mis pensamientos Álvaro- "no pienses que nada de lo que ocurre es casual. Debes evolucionar, a un estado superior de consciencia. . ."

El pánico se apoderó de mí helándome la sangre. "Evolucionar" implicaba un inicio que debía ir precedido de un final: ¿la muerte?

- "No, no debes tener miedo. No puedes morir. El alma es suficientemente poderosa como para no precisar abandonar el cuerpo. Sólo debes oír, escuchar... ".

Fui asumiendo la situación con empatía dando credibilidad a cuanto tan diligentemente Álvaro me indicaba. Comencé a relajarme, a dejar mi mente en blanco, a oír mis pensamientos y, sobre todo, a escuchar... Pronto comencé a oír voces. Al principio no fui capaz de identificarlas pero, a medida que abría mi mente y relajaba mi espíritu, pude hacerlo. Mi madre, mi padre... ¡incluso mi amigo Juan!

Las voces iban in crescendo y mi mente se llenaba de ellas, anulando el resto de mis sentidos. Sentía a Álvaro cerca, pero no podía verle ni tomar el control de la situación. Más y más voces se hacían presentes; todas las que había oído durante años y las que no había oído nunca. Allí estaban. Al instante comencé a entender mis miedos, a valorar mis fortalezas y admitir mis debilidades ¡Estaba extenuado! Era imposible mantener la consciencia; las voces comenzaron a ser dolorosas; no paraban de llegar... más y más... hasta que... no pude soportarlo...

Por la ventana entreabierta asoman unos tímidos rayos de Sol. Es la hora de preparar el desayuno a Álvaro y llevarle al colegio antes de irme a trabajar. A veces recuerdo esta historia como un cuento, como algo que jamás sucedió... ¿o sí? Según me comentó mi amigo Juan, Álvaro le condujo a un paraje donde me encontré desvanecido. Los médicos lo achacaron a mi esfuerzo rehabilitando la casa aquellos días; al trabajo desarrollado con Álvaro, al calor... Pero yo sé que no fue así. Álvaro jamás volvió a comentar nada al respecto ni hemos vuelto a la gruta, pero a veces, cuando cree que no le veo, me mira y sonrío.